

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE OPERETA



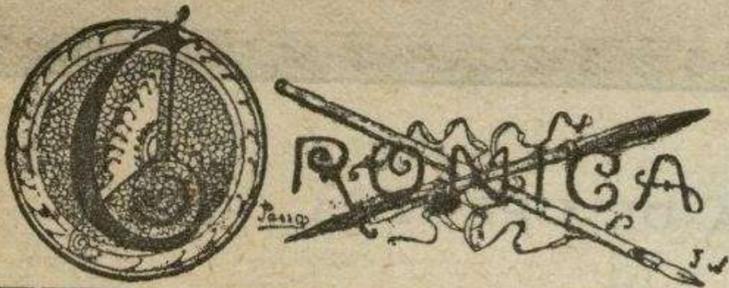
Matilde Francischini

# LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



**U**N apreciable periódico hizo notar el otro día la desaparición de los gorriones, que otros años por esta temporada inundan los árboles de la Rambla con sus gorjeos y los sombreros y prendas de vestir de los transeuntes con malas y traidoras acciones.

Como los gorriones se parecen á los conservadores en eso de desaparecer cuando la tempestad se acerca, todos creyeron que la ausencia de los pajaritos traía aparejada una peste ú otra calamidad por el estilo.

Afortunadamente han vuelto los árboles de la Rambla á poblarse de aves canoras, lo que nos hace suponer que no tendremos más peste que la que nos proporcionen las obras de los gorriones.

Me gustan mucho todos los animales, especialmente los pájaros, pero me gustan cuando no molestan.

Nadie sabe lo que es estar hablando en la Rambla de un negocio interesante, como le sucedió á un amigo mio, y al ir á estender la mano para acabar de convencer á su contrincante, sentirse en la mano algo que venía del cielo y que no era *maná* ni cosa semejante. Esto le embrolló las ideas y le hizo perder el negocio que meditaba por no llegar á explicarse bien. Todo por la falta de educación de un pájaro.

Yo no sé cuál es peor, si una peste sin gorriones ó unos gorriones sin peste.

El municipio debiera librarnos de esos pájaros que tanto ruido meten y tanta molestia causan.

Pero lo que él dirá: bastante hago yo con librarme de los gorriones que me han salido en las últimas elecciones.

La verdad es que en todas partes se ven aves de varias clases, de rapiña y de picoteo, aficionadas á la carne y aficionadas al trigo.

¡Dios nos libre de todas ellas!

\* \*

Tres franceses estudiantes de derecho, uno de ellos sobrino de un senador, entusiasmados con los *toreadores* y *picadores* españoles, y sintiendo un verdadero vértigo por las corridas de toros, se han presentado en París á Angel Pastor y le han dicho con fuego en la mirada y ademanes briosos que ellos querían dejar el derecho para estudiar la tauromaquia.

Angel, que es un buen muchacho, trató de disuadirles; les dijo que podían llegar á ser, continuando sus estudios, unos excelentes abogados, y en cambio se exponían, de querer ser toreros, á pasar al gremio de los maletas y recibir botellazos acompañados de todas las frases injuriosas que no se atreve á estampar el diccionario.

Pero ellos erre que erre, quieren salir á la plaza á que el toro los desnude, patee y pulverice.

Yo estoy por dejar á cada cual su vocación, y si

esos jóvenes franceses quieren ser toreros que lo sean.

Angel, segun se dice, ya les ha dado cartas de recomendación para Madrid, y es muy fácil que antes de dos meses veamos tomar la alternativa á estos jóvenes extranjeros, porque ahora las alternativas están como los calcetines; se dan á cualquier precio.

Y esperamos ver dentro de poco anunciados en los carteles á los *musiures Maté, Piqué y Banderillé* en competencia con Pepete, Bonarillo y Reverte.

Será una cuestión internacional donde la negra honrilla tomará parte activa, y donde los franceses tendrán un Bailén.

O un ¡que bailen!

\* \*

Lo que nos temíamos.

Así que se han enterado los portugueses de que entre Cánovas y Martinez Campos los querían conquistar, salen de estampía y nos ponen como nuevos.

Pero los lusitanos están cómicos hasta cuando se indignan.

Dicen que no galleemos tanto, que allí se están ellos, los portugueses, para hacernos entrar en cintura, que debemos acordarnos de las veces que nos han zurrado la badana, y que volverán á hacerlo si es preciso.

Y ahí tienen D. Antonio y D. Arsenio lo que es el ser soldadescos y entrometidos.

Estuviéranse ellos quietos y no nos espondrían ahora á hacernos morir de risa oyendo á los portugueses.

Desde que han leído eso de la invasión, hay portugués que pide tres *casteças* para almorzar y se enjuaga la boca con seis docenas de bayonetas para estar más tremendón.

Otros están estudiando el mapa, desde la frontera á Madrid, á fin de calcular las etapas que hay que recorrer para llegar al corazón del país y allí poseionarse de todo.

En buena nos han metido los políticos restauradores.

De esta hecha, querido Veremundo, nos quedamos sin patria.

La mayoría de los españoles ya está pensando en retirarse á la cueva de Covadonga para desde allí volver á conquistar palmo á palmo la nación que perderemos.

¡Bonito genio tienen los portugueses para aguantar ancas que no sean inglesas!

Nada, que nos van á borrar del mapa de las naciones.

¡Y todo porque al senil D. Antonio y al *baril* don Arsenio se les ha ocurrido meterse en libros de caballerías!

¡Ojalá que al enterarse de la catástrofe que nos preparan, el Amarguillo y demás rios de la Península saquen el pecho fuera, como dijo el poeta, y hablen á estos dos diplomáticos de la manera que corresponde!

Puede ser que al verse inundados de agua moderen sus bélicos ardores.

\* \*

Con motivo de los desgraciados sucesos de Consue-

gra se ha podido notar el magnánimo corazón de rey que tenemos en Venecia, de D. Carlos de Borbón de Este, Oeste y demás puntos cardinales.

Los periódicos carlistas dan cuenta del regio rasgón, porque eso es más que un rasgo.

D. Carlos da para los inundados todos los bienes que en España pertenecían á su abuelo, á su padre y á sus tios, autorizando á los liberales para que los repartan en Consuegra.

La donación es piramidal si se atiende á que esos buenos señores no poseen nada en España.

De esa manera doy yo para los inundados todo el oro que hay en el Banco de Londres, y encargo á los carlistas que lo repartan entre las víctimas.

Siempre habíamos tenido al Niño Terso por un actor cómico de primera fuerza, pero ahora vemos que se escede á sí mismo.

Después del regalo del cabeza de familia vendrán los de su mujer, hijos y hermanos.

D.<sup>a</sup> Margarita dará escapularios bendecidos por el difunto P. Caixal;

Los niños todos los juguetes rotos;

D. Alfonso una peseta;

Y D.<sup>a</sup> Blanca un lio, que se encargará de repartir el excabecilla Miret.

Derramemos una lágrima sobre estos donativos y hagamos votos porque esa real familia se ponga pronto al alcance de los españoles.

ELIDAN

### EN LOS BARRIOS BAJOS

—¿Ya estás aquí?

—Pa servirte.

—¿De dónde vienes?

—¡Qué gracia!

de donde vienen los hombres que saben tener crianza y ponen como es debido cinco dedos en la cara.

—No lo dirás por la mia que está bien limpia y bien sana.

—Pues ello es que me han llevado á la prevención.

—Por mandria.

—¿Si? creí que había sido por darte dos bofetadas.

—¿Tú á mí? Límpiame los ojos que estás viendo musarañas.

¡Miá que ponerme la mano!

Pero ¡claro! como estabas como una cuba, creíste

que el arañazo era guasa. Anda y mírate al espejo,

verás las señales, anda.

—Isidora, no me piques, que tiés la lengua mu larga,

y la dinidá se pierde

por cuestión de una palabra.

Yo he estao siempre tan sereno como ahora...

—¡Miá qué gracia!

¡como que estás entoavía

que no pués con la carpanta!

—Que no me quemes la sangre,

que la tengo mu quemada

y no estoy para espetáculos.

—Pues á mí me da la gana

porque ya estoy hasta ¿entiendes?

¡bragazas! más que bragazas!

y yo no quiero un marido sin principios y sin nada.

¿Te parece á tí decente

pasarse toa la semana

de la taberna á la cárcel

y de la cárcel á casa?

¿Es eso tener vergüenza?

¡Pa eso te has casao!

—¿Te callas?

¡que me he de casar pa eso!

—¿No vienes de gente honrada?

Y á dir á la prevención

á que te coman las ratas,

¿te han enseñao ni tu madre

ni tu padre, que Dios haiga?

—No; la verdá es no ha sido

mi padre. Han sido los guardias.

—¡Lucio! tú me estás faltando;

tú estás haciendo trastadas

y dejando que se pudra

tu mujer, metida en casa,

y mira que tan y mientras

que tu vas y te emborrachas

no falta quien me hace cocos

y quíe ver si le hago cara.

—¿Quién es? ¡que voy y le masco!

—No tapures que no hay nada,

pero ya me voy cargando

y vas á ser hombre al agua;

—¿Al agua? ¡Primero moro!

Dime quién es el que te anda

rondando... ¡dilo!

—¿Pa qué?

—¡Pa quitarle yo las ganas!

—¡Pues estás bueno! Mas vale

que lo dejes pa mañana.

—Es que mañana es mu fácil

que se me pase la rabia.

—Mejor, no te comprometas;

yo he nacio pa casada

y no soy como otras pécoras

que no tién pizca de *lacha*.

—Que no me engañes, Sidora.

—Vamos, hombre, tú te callas

que no es cosa de morirse.

Yo me estoy metida en casa

y no ando de pingoneo.

—Es que si alguno te falta...

—Vaya, Lucio, tu estás malo.

Anda, métete en la cama,

y á ver si te despabilas

pa cuando yo vuelva.

—¡Gracias!

¿pues dónde te vas tú, prenda?

—¿Yo? ¡Donde me da la gana!

SINESIO DELGADO

### LA VIDA POÉTICA

Empiezo declarando que el asunto es histórico, y ahora presento á Vdes. á D.<sup>a</sup> Paca, madre de tres niñas y cuatro niños, todos ellos encanijados y color de chocolate.

Esta última circunstancia la atribuyen los vecinos á que el jabón no se usa para nada en aquel establecimiento de letras públicas.

Y le llamo así porque D.<sup>a</sup> Paca es poetisa á diario y autora dramática reincidente. ¡Ya ve V. si una poetisa va á ponerse á lavar niños!

Por lo demás, D.<sup>a</sup> Paca tiene muchísimo genio, genio poético y genio de persona particular.

FUNCIONES TEATRALES



Clara Sol.

Un banquero.

El juramento.

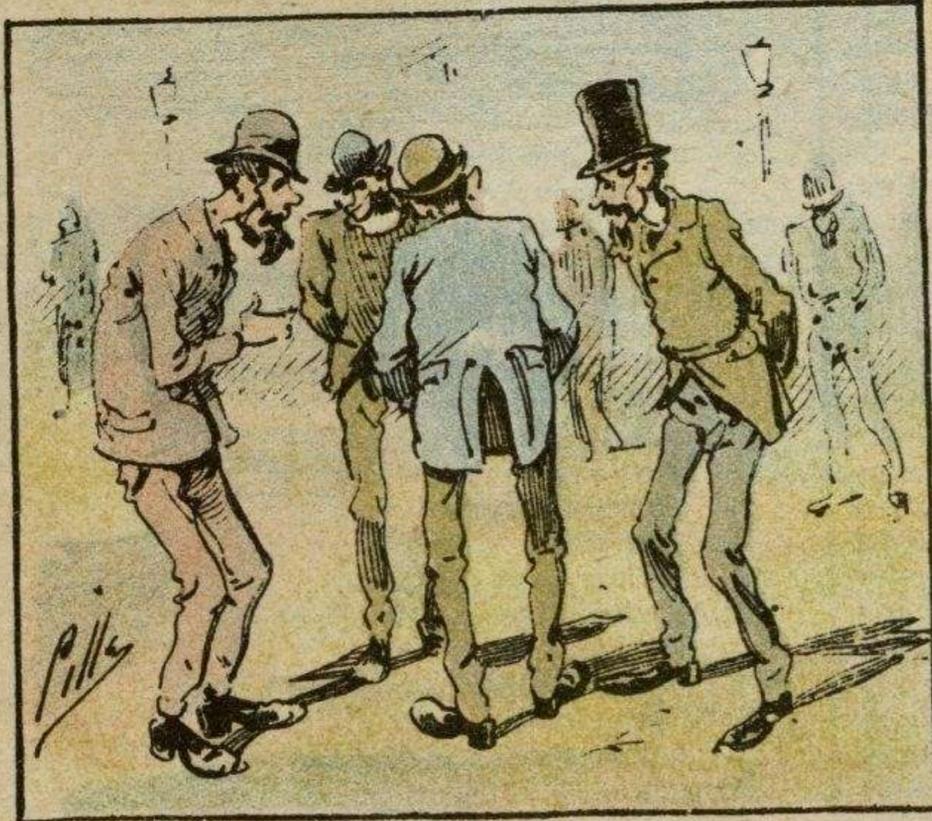
En las astas del toro.

## RETAZOS



—¡Toda la noche bailando con el pollito Manuel! Si ahora viene mi marido..... ¡cómo le voy á querer!

—Chico, me he desengañado, para inspirar gran pasión á una mujer, solo he hallado un remedio. —¿Es el bastón?



—¿Y van á mandar ustedes algo á los puntos inundados?  
—Para puntos, bastante somos nosotros, y para inundados, también.



—Voy, la sigo, subo tras ella, le ofrezco dinero, me lo toma, sale el chulo..... y me dá de bofetadas.

No hay más que ver la cara de víctima propiciatoria que tiene el Sr. de Merlucilla, su esposo.

A él le colocaron en Hacienda, y fué porque ella lo trabajó, que lo demás... «No han visto Vdes. hombre más inútil», como dice D.<sup>a</sup> Paca.

Sin embargo, los niños han ido naciendo con la mayor naturalidad y la más adorable frecuencia. Hoy día de la fecha D.<sup>a</sup> Paca está en vías de regalar un octavo fruto á su pacientísimo esposo.

Esto no es un obstáculo para que se levante entre once y doce, cuando ya los niños llevan cuatro horas de jaleo en el comedor, donde permanecen encerrados mientras el genio de la ilustre escritora descansa en el lecho.

Merlucilla se ha levantado á las ocho, y después de cepillarse la ropa, y de sacar lustre á los zapatos, se ha puesto á hacer cigarrillos en la mesa del gabinete. La criada le ha dado de almorzar á las diez, porque á las once en punto tiene que estar en la oficina; y con el mayor miramiento y el más firme propósito de no despertar á su dulce compañera, se ha ido á la calle, dejando á los niños entregados á los juegos propios de la edad.

El mayorcito, que se llama Abelardo, y es el mismo demonio, ha colocado sobre la mesa del comedor una sombrerera de baqueta, sobre la sombrerera un banquillo, y sobre el banquillo, á Tisve, su hermano número tres.

Laura, que á í se llama la hermana mayor, se ha subido también á la mesa, y Oswaldo, el niño número dos de los hijos de la ilustre poetisa, ha trasladado una butaca con ayuda de Celia y Eloisa, y han formado una montaña sobre la mesa, sentándose en la cúspide.

Entre tanto, la inspirada autora de *Perlas y aromas*, y otras composiciones en prosa y verso, duerme y sueña.

De pronto, Abelardo resbala sobre una cáscara de patata que con otras varias adorna el suelo del comedor, y va á dar de bruces contra la mesa; tambalease ésta, y los niños apreciables del señor de Merlucilla caen con gran estrépito, y rompen á llorar como si hubieran leído un soneto satírico de Doña Paca.

Acude la doméstica, levanta del suelo á las víctimas de la catástrofe, que ostentan contusiones de más ó menos consideración, y por primera vez en la vida, después de la del bautismo, recibe agua en la frente Oswaldito, que ha sacado un chichon del tamaño de una bizcochada, y es lavado cuidadosamente por la maritornes.

Entonces entreabre los ojos la insigne escritora; oye llorar á los niños, se encoleriza y comienza á dar puñetazos en la pared.

—¡Manuela!... ¡Manuela!...—grita desde la cama—¿Qué es eso? ¿Porqué lloran esos condenados del infierno?

—Verá V., señorita; es que se ha caído Oswaldo, y está echando sangre como un gorrino, perdonando la comparación.

D.<sup>a</sup> Paca se incorpora, cálzase las zapatillas, sin dejar el lecho ni ponerse las medias; envuelve su ilustre personalidad en una bata que ha sido color de crema, y hoy tiene todas las tintas del arco iris oculto por las nubes, y se dirige al despacho con precipitación relativa.

Sus cabellos caen en desorden por la espaciosa frente. Tembloroso el labio, febril el pulso, y la nariz teñida por el chocolate, D.<sup>a</sup> Paca busca cuartillas entre los revueltos papeles de su mesa de estudio, como ella dice, y apoderándose de la pluma, rompe á escribir.

Y escribe, escribe como si estuviera poseída del vértigo.

—Señora—dice la criada presentándose á la puerta del despacho;—el niño sigue echando sangre como un gorrino.

—¡Déjame, animal! Acabas de robarme un concepto... Anda, ponle unos paños con vinagre.

Y D.<sup>a</sup> Paca lee para sí la siguiente tiernísima composición:

» *El niño herido*

    Ls sangre bañando su pálido rostro  
    mis brazos sirviendo de lecho al dolor.

    ¿Qué madre no siente caer en el alma  
    las gotas del hijo de su corazón?

    ¿Qué tienes, bien mio? enjuga tu llanto ..!»

*El niño en el comedor.*—¡Beeee!... ¡Beeee!

D.<sup>a</sup> Paca escribiendo: «¡Por qué viertes perlas?»  
No. «¿Por qué de tus ojos se nubla el dolor?» (*Tachando*) No. «¿Por qué con mis besos no te hallas mejor?»

*El niño.*—¡Beeee!

*En la oficina*

—¿Como va, señor Merlucilla?

—Vamos tirando.

—¿Y la señora?

—Pues... escribiendo.

LUIS TABOADA

¡COMO SIEMPRE!

Con palabra atronadora  
clama el honrado Facundo  
que nunca se ha visto el mundo  
como se está viendo ahora.

Como causa del exceso  
de tanta inmoralidad,  
acusa á la libertad  
y hace cargos al progreso.

Creyendo el pobre Facundo  
que de uno en otro desliza  
va nuestro mundo infeliz  
camino del otro mundo.

En vano su fin predice  
blasonando de profeta:  
¡Ha perdido la chaveta  
y no sabe lo que dice!

Si el mundo es torpe y fatal,  
no hay que darle al hoy un palo:  
¡El mundo es malo y remalo  
desde tiempo inmemorial!

¿Que hoy es la envidia cruel  
el alimento del ruín?...  
¿Pues por qué mato Caín  
á su pobre hermano Abel?

¿Que el vino acaba el dinero  
y hasta la salud acaba?...  
Noé ya se emborrachaba  
y era todo un caballero.

¿Que hoy no hay mujer que no sea  
del hombre la perdición?...  
¡Tiempo hace ya que á Sanson  
lo esquiló su Dulcinea!

¿Que hoy los amigos dan micos  
y que venden al más diestro?...  
¡Judas vendió á su Maestro  
por cuarenta perros chicos!

¿Que hoy la guerra es torpe anhelo,  
causa de eternos desdoras?...  
¡Santiago, matando moros,

se subió á caballo al cielo!

¿Que es brutal y es inhumano  
lo que en los toros se vé? ..  
¡Aun hay reliquias en pié  
del ancho Circo romano!

Si vuelves la vista allí,  
fuerza es, lector, que te asombres,  
porque allí pedían «¡Hombres!»  
no «¡Caballos!» como aquí.

En la esperiencia me fundo  
para afirmar sin temor  
que hoy nos hallamos mejor  
de lo que piensa Facundo.

La sombra se presta más  
para las torpes acciones.  
Hoy, de noche, á los ladrones  
les estorba mucho el gas.

Y si un criminal mezquino  
del castigo sale huyendo,  
va el telegrama corriendo  
delante del asesino.

Yo, á la verdad consagrado,  
le pongo á Facundo tasa  
demostrándole que *pasa*  
menos de lo que *ha pasado*.

¡Y no hay duda, á mi entender,  
pues datos seguros doy,  
que ha de bendecir *el hoy*  
todo el que mire *el ayer*.

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

### NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

¡Tambien es triste gracia vivir para hacer la suerte de los demás y no poder hacer la de uno propio!

Así le pasa á Raimundo el jorobado.

¿De qué le vino á él la joroba? Pues de que era de la piel del mismo diablo.

Cuando tenía seis ó siete años, persiguiendo un gato por un tejado, se cayó á la calle, sin que se hiciera daño al parecer.

—Ese muchacho es el demonio—decía su madre á las vecinas.—Cualquiera otro, al caerse, se hubiera hecho añicos. ¡Pero él! ¡quí!

Pero ¡ay! á los quince días comenzó á desviársele la columna vertebral por detrás y por delante, y creo que hasta por los costados, y á los seis meses, era Raimundo el jiboso más elegante y más aplastado por el polo que existía en el pueblo.

A la mala entraña con que había nacido nuestro héroe se agregó además la de ser imperfecto.

¡Qué coraje tuvo Raimundo cuando se vió entre dos cacerolas! ¡Con qué furia se daba de puñetazos en el Chimborazo de detrás y en el Himalaya de delante! ¡Si él hubiera podido convertir en volcanes sus dos jorobas lo hubiera hecho!

Pero no tuvo más remedio que conformarse con su suerte, porque ¿qué diablos iba á hacer? ¿Suicidarse? Esto serviría de mayor diversión todavía y todo el pueblo diría:—«Aquel maleta se ha suicidado.»

Nuestro Raimundo creció lleno de encono contra toda la humanidad.

Sin embargo, notaba él, cuando fué mayor, que las mujeres casaderas le trataban con cariño. Todo era darle palmaditas en la *chepa*, pasarle la mano por el lomo y llamarle Raimundito.

Una, entre otras, la rubia y elegante Eulalia, le hacía más mimos que las demás.

Raimundo llegó á quebrantarse por los continuos obsequios y cariños de Eulalia, y su corazón que es-

taba entre dos conchas como la ostra, se sintió herido por el niño Amor, como dicen los cursis.

El jorobeta no cesaba de suspirar mirando tiernamente á la joven, y ésta cada vez le traía mejor.

Un día, de repente, cesó de pasarle la mano por la espalda en la reunión á que asistían. Al día siguiente se enteró Raimundo de que Eulalia se casaba con un hombre joven, rico, guapo y elegante.

Su desesperación se elevó á la altura de sus jorobas. Franqueándose con un amigo le dijo:

—¿Pero cómo se casa ahora Eulalia despues de haberme acariciado tanto las espaldas?

—¿Pero no sabes, desgraciado—le contestó el amigo—que tocar la joroba á un jiboso trae la felicidad? Ella lo sabía y por eso te tocaba. Tú has hecho su fortuna haciéndola matrimoniar con la persona que ella deseaba.

—¡Oh, desesperación! Es decir que mi maldita carga ha de favorecer á todos menos á mí?

—Así parece.

Desengañado de las mujeres y del amor, Raimundo buscó los consuelos de la amistad y se hizo amigo de Federico, hijo del alcalde.

Federico se paseaba con él echándole siempre un brazo al cuello; continuamente le estrechaba; le daba amistosas palmaditas en la espalda.

Raimundo correspondía á su cariño lo mejor que podía.

—¿Federico? ¿Dónde está Federico? preguntaba á todas horas.

Un día averiguó que el premio mayor de la lotería había caído en el pueblo. ¿A quién? A Federico.

Enseguida fué Raimundo á felicitarle.

—Gracias á tí—gritó Federico estrechándole entre sus brazos.

—¿Cómo gracias á mí?

—Si; gracias á que he estado pasando la mano por la joroba durante año y medio.

Nueva puñalada que recibió nuestro corcoveta.

¡Es decir que aquel hombre le había manifestado amistad nada más que por palparle la maleta á ver si le tocaba la lotería!

Raimundo se volvió misántropo y no quiso más amores ni más amistades.

Cuando salía á la calle los chiquillos le seguían y le preguntaban que dónde iba con el baul.

Algún transeunte supersticioso le tocaba, al pasar, la joroba y esto ponía furioso á nuestro hombre.

Un día resolvió pasarle las manos él mismo por sus protuberancias y jugar á la lotería á ver si lo que daba la suerte á los demás se la daba á él también.

Pero se gastó el dinero inutilmente, y por más que se acariciaba por delante y por detrás, no le tocaban ni seis miserables duros.

Aburrido del pueblo donde vivía, se fué á Madrid y allí se puso á trabajar de dependiente de comercio; pero de todos los despachos tuvo que salir riñendo por cuestiones *jorobísticas*.

El pobre Raimundo continuó en la Côte muriéndose de hambre; y todavía continuaría del mismo modo si una persona caritativa no le hubiera indicado la manera de salir adelante.

—Siendo V. jorobado—dijo á Raimundo—¿no sabe V. sacar partido de su desgracia?

—¿Y qué quiere V. que haga?

—Pues muy sencillo. La superstición es general, por más que digan sabios y gacetilleros. Todo el mundo cree que tocando la jiba de un jorobado va á hacer fortuna. Ahora bien, ¿tiene V. más que colocarse á la entrada de la Bolsa ó á la puerta de las casas de juego y llevar un real ó una peseta á cada



LA FAVORITA. Cuadro de Conrado Kiesel.

uno que quiera tocar las protuberancias monumentales que V. tiene?

—No me parece mal la idea.

—Pues ensáyelo V. y ya me dirá después como le vá.

Hace seis meses que Raimundo ha seguido el consejo que le dieron, y no hay noche que no se retire á su casa sin tres ó cuatro duros de ganancia.

Como se ha vuelto muy avaro, guarda la propina diaria murmurando con alegría:—No hay mal que por bien no venga.

DANIEL ORTIZ.

## EL SEPULCRO.

Edmundo de L., nacido en la Martinica, huérfano desde su menor edad, recibió al salir de la dirección de sus curadores una suma de dos millones, con la cual llegó á una de las primeras capitales.

Qué suerte corrió este caudal podrían fácilmente decirlo los círculos más elegantes de la capital, los amigos aficionados á vivir á costa del prójimo, ciertas aventureras, los divanes de los restaurants y fondas más en boga, los tratantes de caballos y carruajes, y sobre todo, las casas de juego.

Edmundo comprendió bien pronto que se arruinaba; pero ¿cómo detenerse en su camino? ¿cómo disminuirse sus trenes y sus prodigalidades? ¿cómo retirarse de la arena, antes que el combate hubiese terminado?

Una vez cojido entre el engranaje, es preciso girar con la máquina, hasta que ella os haya completamente destrozado.

Edmundo reunió los restos de su fortuna, colocó una pistola cargada en el fondo de su caja, y la cubrió con los billetes de Banco y el oro que le quedaba. En seguida dijo:

—El día que venga á la caja y no encuentre más que la pistola, ya sé lo que me resta que hacer.

Como habría de suceder al fin, llegó un día en que, consumida su última moneda, encontró solo la pistola.

Edmundo tomó sus últimas disposiciones, empleó el resto de su mobiliario y de algunos objetos de valor en pagar algunas deudas pequeñas que le quedaban, y se preparó á morir.

Pero en aquel momento una idea le detuvo:

—No he pensado en mi sepulcro, dijo: y se aproximó reflexivo á la ventana de su habitación.

Llovía. Los arroyos arrastraban por las calles ese barro espeso que salpica de manchas blancas los pantalones negros, y de manchas negras los pantalones blancos.

—¿Cómo no se me habrá ocurrido á mí, dijo Edmundo, que había de ser confundido con ese barro, cuando me hubiera sido tan fácil prepararme una sepultura?

La idea de la fosa común le aterraba.

Habría podido tener la inconsciencia de la vida, pero no podía tener la inconsciencia de la muerte.

—No, continuó después de haber reflexionado un instante, no se dirá que no he podido tener al menos un sepulcro.

Edmundo salió, y no volvió á vérselo más en el barrio que habitaba. Desde su casa se había dirigido

á la del jefe de un taller de construcciones para los caminos de hierro, y como Edmundo sabía dibujar, puesto que en su primera juventud había empezado la carrera de ingeniero, siéndole completamente conocido el manejo de la regla y el compás, fué admitido á trabajar en el taller.

Si no hubiera estado sostenido por una idea fija, no hubiera podido soportar aquella existencia de trabajo y privaciones.

Acostumbrado á derramar el oro á manos llenas, apenas conocía su valor; pero cuando al fin de cada semana había economizado algo, pensaba, lanzando un triste suspiro, que el tiempo de las pruebas estaba limitado para él. ¡Cuán lejos estaban todos los que le veían llegar el primero por la mañana al trabajo y salir el último por la tarde, de creer que aquel hombre tan activo y laborioso, estaba trabajando únicamente para labrarse su sepulcro!

Al fin pudo juntar lo bastante para adquirir el terreno, y aquel fué un gran día para Edmundo, porque aquel pedazo de tierra le prometía el fin de sus sufrimientos, el reposo, el sueño y el olvido.

Todavía, sin embargo, tenía necesidad de ganar más para los gastos de la fosa y de la piedra tumular, y para conseguirlo redobló desde aquel día sus esfuerzos, trabajando con creciente ardor.

El jefe, que veía aumentarse sus productos á consecuencia de aquel trabajo asiduo, hombre de conciencia como debieran serlo todos, se creyó obligado á recompensar el celo de Edmundo con una gratificación.

¡Cuán lejos estaba de pensar aquel honrado fabricante que debía abreviar con su recompensa la vida del mismo á quien deseaba alentar!

Edmundo iba dos veces á la semana á visitar el rincón del cementerio que había logrado adquirir; dispuso que hiciesen la bóveda, que plantasen un sauce á su orilla, y dibujó él mismo su pequeño monumento funerario, tan sencillo como de buen gusto, el cual se obligó á pagar á plazos mensuales.

Nuestro héroe ya no se fastidiaba; porque su vida tenía objeto; y comparando la existencia que había llevado en los tiempos de su mayor esplendor á la vida laboriosa que había adoptado por su extraño capricho, llegó bien pronto á preferir la última.

Por fin el sepulcro llegó á terminarse, ya no le quedaba que pagar á Edmundo más que un mes para quedar como verdadero propietario de aquella última morada, sin temor de que nadie le turbase en ella.

Su constante cuidado, sin embargo, no le había distraído hasta el punto de que no hubiera reparado en una joven, que, vestida completamente de luto, iba todas las mañanas al cementerio, á colocar flores y derramar lágrimas en una modestísima sepultura de tierra.

Llegó un día en que aquella joven ofreció á Edmundo dos matas de pensamientos, que este plantó al lado de su tumba con egoísta satisfacción.

El día fijado para terminar su extraña existencia, llegó al fin; pero antes de abandonar la vida para siempre quiso cumplir con un deber de buena educación, despidiéndose de la joven de los pensamientos.

—¿Pero qué es esto? ¿abandonai este país? le preguntó la joven;—¿vais á separar s del sér que-

rido que venís á llorar en esta mansión de la muerte?

—No vengo á llorar por nadie,—replicó Edmundo avergonzado.

—Pues entonces, ¿qué venís á hacer aquí? ¿No teneis en este sepulcro una madre, una hermana, un hermano, algún sér, en fin, que os sea querido?...

—No, ese sepulcro lo he mandado edificar para mí.

—¿Para vos?...—dijo la desconocida maravillándose.—¡Singular idea! Yo he deseado siempre un sepulcro digno para mi madre, que reposa aquí; pero jamás he deseado ni pensado siquiera en el mío.

—¿Qué quereis, señorita? yo no he podido hacerme superior á la idea de verme con tanto muerto ignorado en la tosa común.

—Dadme mis pensamientos,—dijo la joven con desdén.

—¿Me despreciáis?—le preguntó Edmundo.

—Vuestro desprecio de la existencia,—continuó la desconocida,—no es más que un egoísmo vergonzoso. ¿Cómo en plena juventud, inteligente y lleno de vida, podeis renunciar á la lucha?... ¿Habeis sido, rico?... Tratad de serlo otra vez. Trabajad.

\* \* \*

Edmundo se sintió turbado.

Algunos días después de aquella conversación, la madre de la joven desconocida era colocada en el sepulcro de Edmundo. Desde entonces aquella fué una sepultura de familia.

Ya comprenderán nuestros lectores que Edmundo había trocado la fría losa por el lecho nupcial.

Al fin había encontrado la felicidad.

\* \* \*

Poco después hallóse al atravesar una de las calles de la capital, con uno de sus antiguos compañeros.

—¡Gracias á Dios, amigo mío, que vuelvo á verte!—le gritó.—¡Cuatro años hace que te busco en vano por todas partes! Ya sabes que te debía 20,000 duros de nuestra última noche de juego.

—¡Bah!... Había pasado este crédito á la categoría de los incobrables al saber que estabas arruinado.

—Pero ahora he tenido una pingüe herencia, y quiero pagarte como hombre de honor. Dame las señas de tu casa para que te mande esa cantidad.

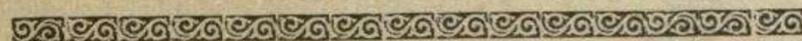
\* \* \*

Cuando aquella tarde recibió Edmundo los 20,000 duros, dijo á su mujer:

—Guárdalos y compra con ellos una casita con jardín y algún campo donde puedan correr nuestros hijos... No quiero guardar nada de ese dinero, porque me produce tristes recuerdos de una vida borrascosa.

Si se quisiera sacar de esta historia otra moraleja que la que lleva en sí misma, yo añadiría:—Trabajemos todos para ganarnos nuestro sepulcro en la tierra y un lugar en el cielo.

AURELIANO SCHOLL



## ¿CUÁL ES LA PENA MAYOR?

Parodia de un certámen verificado por un periódico

Con el fin de averiguar lo que puedo aventurar, aunque indiscreto me llamen, me dispongo á señalar

las bases para un certámen.

Doy un premio de valor, al que del modo mejor dé en ésto su parecer:  
¿Cuál es la pena mayor que puede un hombre tener?

Vayan todos desfilando, su parecer emitiendo, mientras me voy ocupando en ir fielmente copiando los que vaya recibiendo.

Es el sistema mejor que en tal caso puede haber. Conque á ver, caro lector, ¿Cuál es la pena mayor que un hombre puede tener?

*Un tronado:* no encontrar quien nos preste una peseta.

*Un cirujano:* aprobar cirujía, y no ensayar en diez años la lanceta.

*Un tísico:* padecer lentamente noche y día.

*Un cesante:* no poder un panecillo comer que mitigue el hambre mía.

*Un cómico:* Equivocar á menudo los papeles.

*Un escultor:* trabajar seis años... para labrar la cabeza de Cibeles.

*Un autor:* no conseguir ver á mi drama aplaudir, por esos *reventadores* que *matan* á los autores que comienzan á escribir.

*Un hijo bueno:* Perder al autor de nuestros días.

*Un empleado:* no poder descansar... ¡para comer á todas horas judías!

*Un delincuente:* llegar á ser condenado á muerte.

*Un jugador:* No atrapar la carta que ha de llegar á decidir nuestra suerte.

*Un casado:* Mantener á un ogro en forma de suegra, y á una harpía por mujer,

*Un ciego:* No poder ver.

*Una negrita:* Ser negra.

Ya el certámen concluyó; estuvo desanimado, lo que no esperaba yo; de los que se han presentado, nadie el problema acertó.

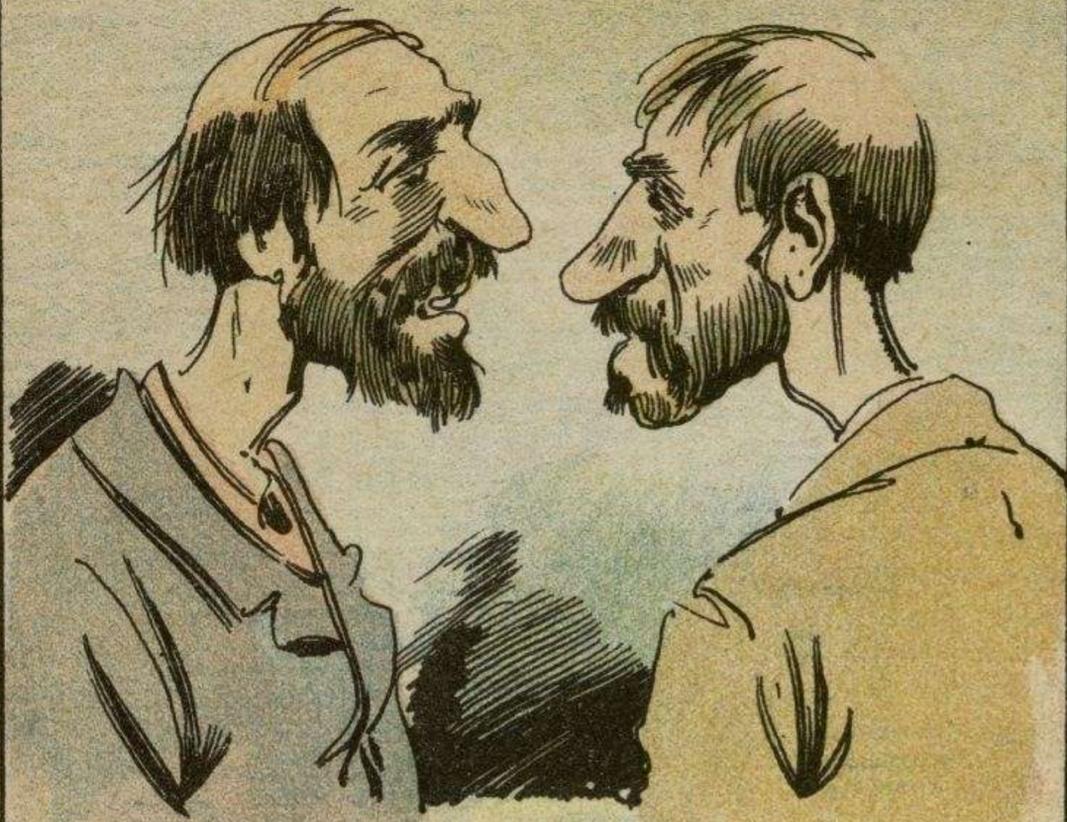
Ni la negra, ni el autor, ni el hijo, ni el jugador, ni el cómico, ni el casado, ni el tísico, ni el tronado, ni el ciego, ni el escultor.

Que es la pena más completa (1) (y esto no vá con los ricos) ¡no tener en la gabeta tres míseros perros chicos... para comprar LA SAETA!

JUAN URIOSTE SOTO.

(1) Valga el ripio.

CASOS



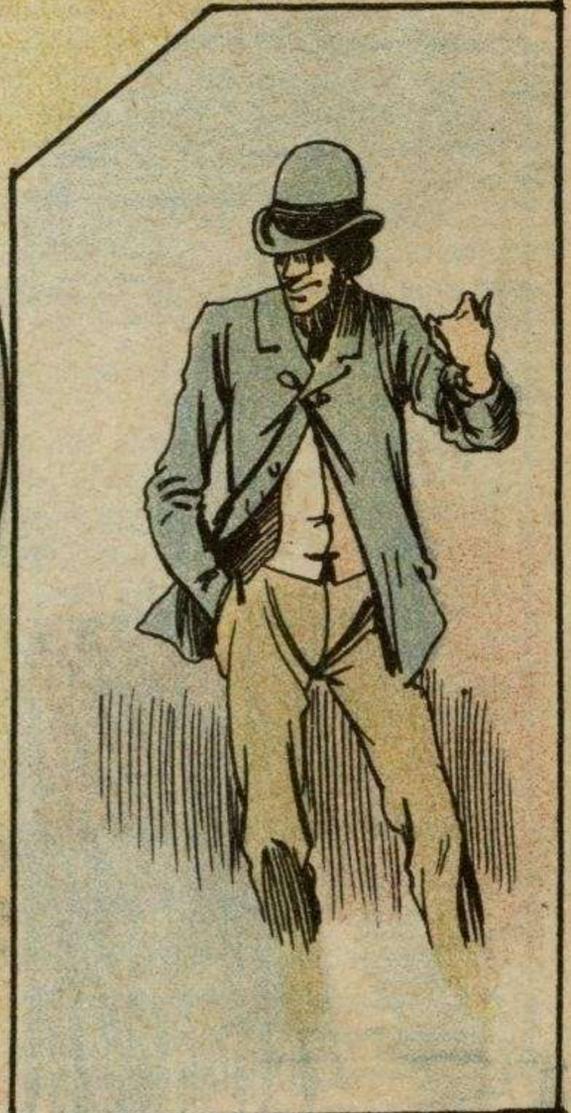
—Desengáñese V.; los hombres de ahora no son como nosotros, los pasados.  
—¿Dice V. eso de *pasados* con intención?



HORTERA DE ULTRAMARINOS EN DÍA DE FIESTA  
Por menos han pasado por las armas á más de cuatro infelices.

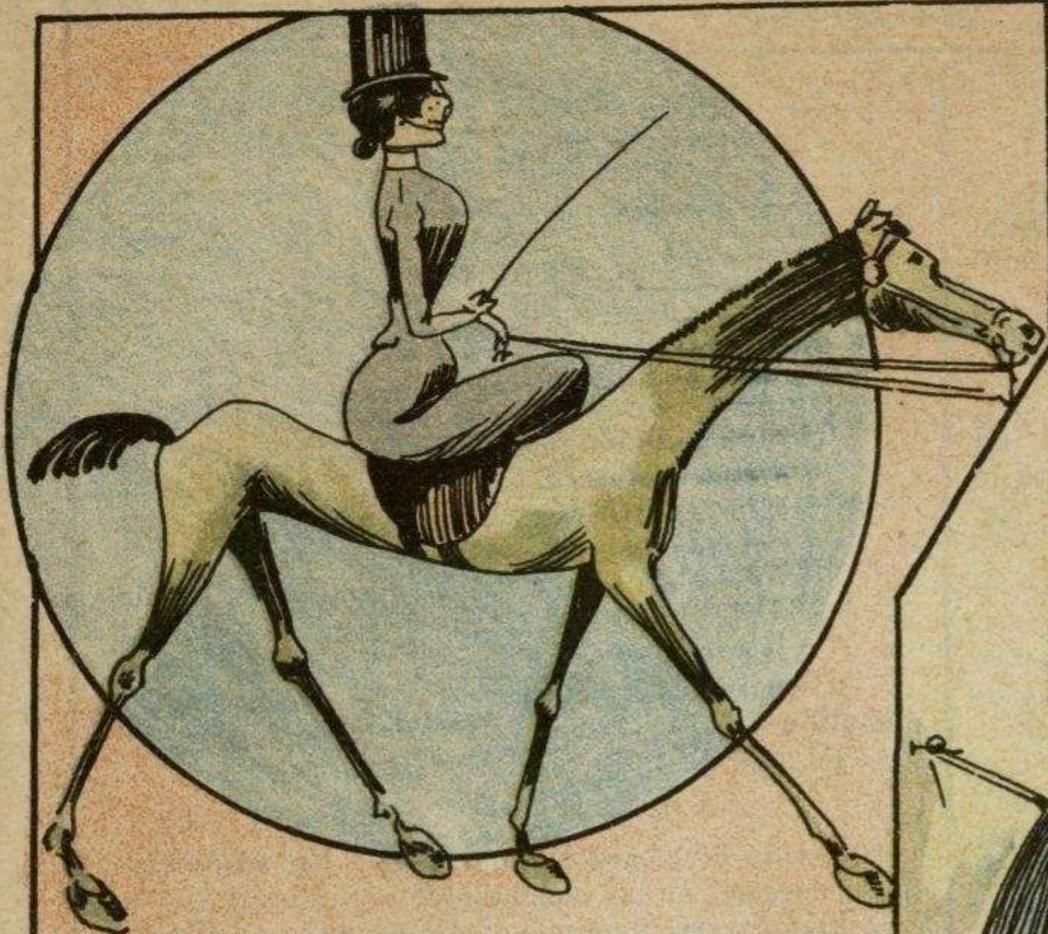


—¿Qué felicidad hubiera sido haber estado en Consuegra! Si me llego á ahogar, eso me gano; si no, mé coje la suscripción de medio á medio.

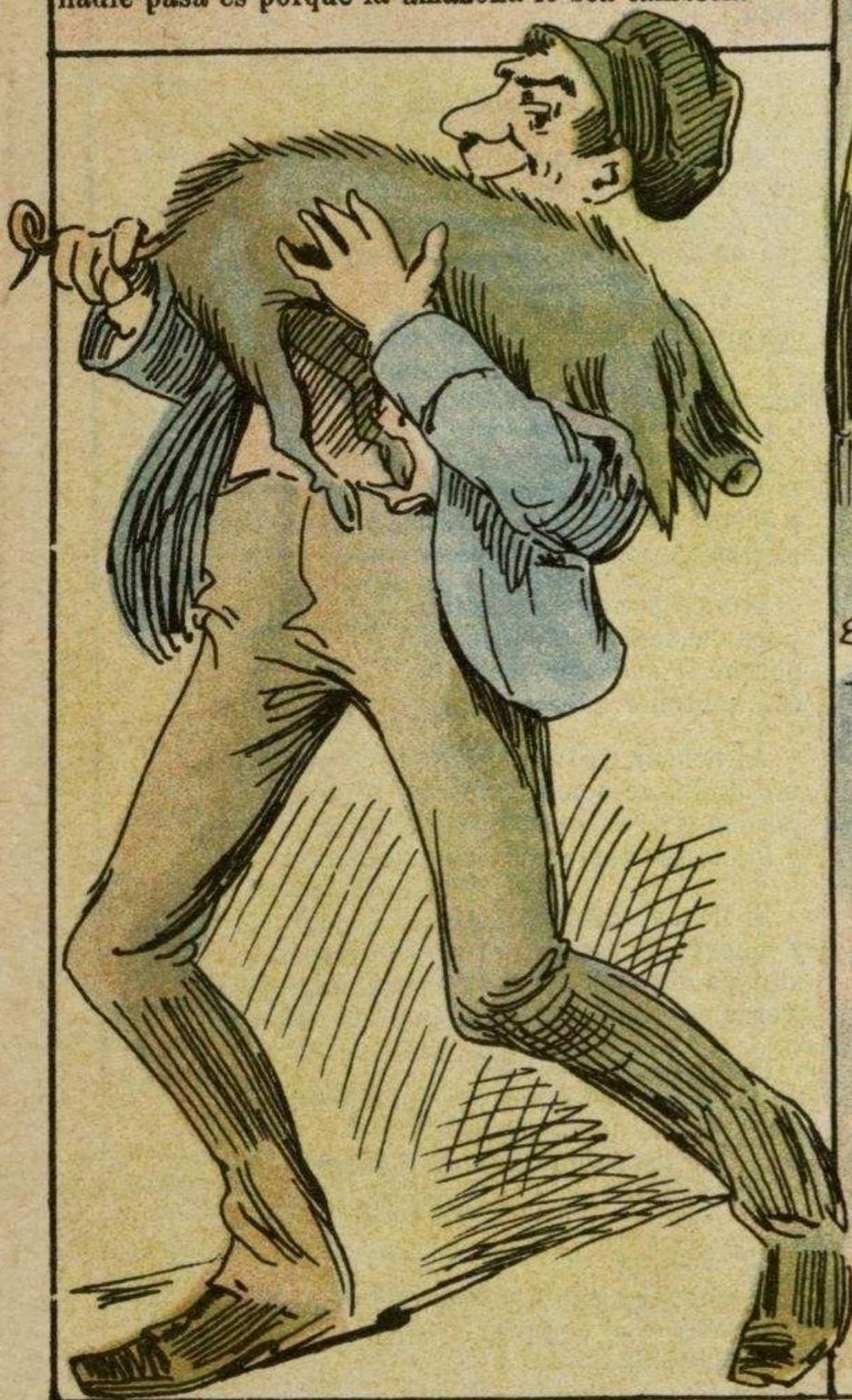


—He puesto dos pesetas falsas á un rey y he perdido.... ¡Ahí me las den todas!

COSAS



El caballo ya puede ser una sardina; pero por lo que nadie pasa es porque la amazona lo sea también.



—Voy á contratar este artista para piecitas cómicas.



—Ponga V. en la revista que yo he lucido mis escultu-  
rales formas.

—Y de la voz ¿qué digo?

—De la voz puede decir V. que he cantado como un  
becerro. Me tiene sin cuidado.

## MISCELANEA

Entre dos niños.

—Mira, Antolin, siempre que tomo una cucharada de aceite de hígado de bacalao mi mamá me da cinco céntimos.

—¿Y qué haces con ellos?

—Los meto en la hucha.

—¿Y después?

—Después, cuando he reunido cinco pesetas, mi mamá me vuelve á comprar otra botella de aceite de hígado de bacalao.

## Epigrama

La mejor manera, Lola  
De que te respete el mundo,  
Dice á su mujer Facundo,  
Es, que nunca salgas sola.  
Y Lola, que es obediente,  
Tan solo se determina  
Cuando él está en la oficina,  
A salir con un teniente.

JOSÉ RUNAL.

En una tienda.

—Vengo de parte de mi amo el chocolatero á decirle á V. que en esta libra de azúcar que me ha dado antes faltan dos onzas.

—Pues dile á tu amo el chocolatero, que como no tenía la pesa de bronce á mano he puesto en su lugar en el peso una libra de chocolate de las que él me vende.

Escusamos decir que el chocolatero entendió la indirecta y no se quejó más.

Eleuteria hace dos días que sirve á D. Fernando. Viene éste y le pregunta:

—¿Ha venido alguien á preguntar por mí?

—Sí, señor; una señora bajita, regordeta, bizca, chata, con un sombrero enorme.

—¿Pues si esa no es una señora! ¡Si es mi suegra!

«A ver querido Julián,  
si mandas alguna carta,  
escribía á un hijo suyo  
una mujer de la Alcarria.  
Y el chico, que es un camello,  
mandóle el siete de espadas.

—¡Una limosna para este pobre ciego!

—Diga V., buen hombre, ¿es V. ciego de nacimiento?

—Desde la edad de veinte años.

—¿Ciego de nacimiento desde la edad de veinte años?

—Sí, señor; yo era carpintero; estaba arreglando un nacimiento para el día de Navidad, me cayeron unas tablas en la cara... y me quedé ciego.

## Retazos

Pescadora de los mares  
¿por qué huiste de la orilla?  
—Por que vienen muchos primos  
á verme las pantorrillas.

¡Triste suerte que promete  
eterno y punzante hastío!...  
¡el no tener caballeros  
ni siquiera *pa* un cocido!

Me gustan mucho las rubias  
y mucho más las morenas;  
mas si me dan á escojer  
me quedo..... sin todas ellas.

Todos tus sueños serán  
como sueños de poeta;  
que sueñan con mil tesoros  
y no tienen dos pesetas.

J. C.

—¡Pero, hombre!—le decían á un caballero muy cumplido—¿No ha ido V. al entierro de D. Joaquín?  
—¿Y qué? ¿Ha ido él al mio?

Un avaro vive careciendo de todo. En su domicilio se desconocen las comodidades.

—¡Qué catarro tengo!—dice á un amigo—¿Dónde lo habré pillado?

—¿Dónde ha de ser?—contesta uno.—En su casa de usted.

## Amorosas

Solo en estas palabras va encerrada  
la verdad de lo mucho que te quiero:  
Yo no puedo vivir sin tu mirada,  
¡tú no puedes vivir sin mi dinero!

Dices que siempre frío  
me muestro á tus constantes tonterías.  
¿No ves que tus manías  
me han llevado muy cerca del hastío?

¿Cómo pretendes que no suspire  
si es tan voluble tu corazón?  
y ¿cómo quieres que no te mire  
si está en tus ojos mi inspiración?

Nunca puntual á tu cita;  
pues desde hoy voy á imitarte,  
porque lo que á mi me irrita  
es... ¡el tener que esperarte!

Al pensar en tu amor y en tus promesas  
mil dudas se acumulan en mi mente,  
porque tengo motivos para odiarte  
y los tengo también para quererte.

Si llevas amenudo distinto traje  
y mueves de continuo tus dos ojazos,  
aunque oigas de los chicos algún ultraje  
¡verás cuántos se mueren por tus pedazos!

¡Cuán engañada vives!  
¡Si me harás un favor con enfadarte!  
¿No ves que de ese modo  
me evito los sablazos de tu madre?

EUSEBIO J. DE CASTIELLA.

El día amenaza lluvia y dice Ordoñez á su señora.  
—Mira, chica, el cielo está *tenedor y cuchara*.  
—No te entiendo.  
—Que está *tenedor y cuchara*, es decir, *cubierto*.  
La señora de Ordoñez se desmaya.

**A un sacristan**

Dispénsame sacristan  
esta inocente expansión  
que nace en mi corazón  
oyendo tu tan, tin, tan.

Apenas los pajarillos  
saludando al nuevo día  
cantan todos á porfía,  
llegan ya los monaguillos  
que te llaman con furor  
y que al querer despertarte  
me parten de parte á parte  
sin comprender mi dolor.

¡Dan cada golpe á la aldaba  
y tu sueño es tan pesado!...  
Así estás tú, colorado  
y hueco como una pava.

¿Qué delito he cometido  
para oír ¡por san José!  
á todas las horas de  
las campanas el sonido?

Por la mañana la misa  
del alba, y al cuarto de hora  
la misa de la señora  
del difunto Serapisa;  
luego despues funeral  
con las campanas al vuelo,  
y haciendo temblar al suelo  
de un modo fenomenal;  
luego la misa mayor,  
despues la de doce, luego  
como si tocas á fuego  
tocas á comer ¡qué horror!  
Luego al rosario, á novena,  
á la oración..... al demonio.  
¡Si tocas, querido Antonio,  
hasta al tiempo de la cena!

No hay vecino que te quiera  
ni lo que vale un comino.  
Hombre, conozco un vecino  
que jura como un tronera  
y dice que el mejor día  
sin reparar en pelillos  
mata hasta los monaguillos.

Esto podrá ser manía,  
pero librate muy mucho  
de recibir dos trompazos  
porque dando puñetazos  
es mi vecino muy ducho.

Si tocas por afición  
y tienes buena memoria  
puedes largarte á la Gloria  
á tocar el violon  
y dar allí cencerrada  
á santos que con clemencia  
consientan tu impertinencia  
oyendo tu campanada.

Rompe las cuerdas, destroza  
ese feroz companario,  
no toques mas al rosario,  
búscate una buena moza,  
lárgate, ó por las mañanas  
suspende en tocarnos tanto  
las campanas, porque ¡cuánto  
aborrezco las campanas!

Sigue por donde te digo  
si quieres mi estimación  
ó juro, de corazón,  
ser tu más terco enemigo.

ATILANO F. TOLDOS.

—Doctor, ¿qué me aconseja V. que tome para no sudar de esta manera?

—Pues tome V... una ensalada de papel secante.

—Gedeon, no tome V. helado, que su frialdad puede perjudicarlo.

—Pues entonces, mándamelo V. calentar, condesa

**Resignación cristiana**

Con el tormento impreso en el semblante  
está al pié del altar la bella Elisa  
siguiendo con sus ojos anhelante  
el santo sacrificio de la misa.  
Han perdido el color sus labios rojos  
y su rostro pregoná su tormento,  
inclinados al suelo estan sus ojos  
que los ha amortecido el sufrimiento,  
la vigilia, el ayuno, los sermones  
consumieron ha tiempo su belleza,  
está entregada á santas oraciones  
y á blanquearse comienza su cabeza.  
Escucha con semblante satisfecho  
que un angel la llamaba,  
y al ir á alzar el sacerdote, el pecho  
la infeliz sin piedad se golpeaba.

Mas dice el sacristan que es muy bribón  
que en ella el golpearse es muy frecuente,  
pues lleva una almohadilla de algodón  
que los golpes recibe indiferente.

JOSÉ DOZ DE LA ROSA



K. K. O. (Sevilla).—Veré de insertarlo.

A. L. (Madrid).—Caramba, eso es muy fuerte-cito. Además mezcla V. en el asunto á Clarín que no tiene nada que ver con el Sr. Urioste Soto. No se lo puedo insertar con harto sentimiento mio.

Cucufate.—Tiene V. bastante por insertar todavía.

A. S.—No sirve.

J. Ll.—Tampoco.

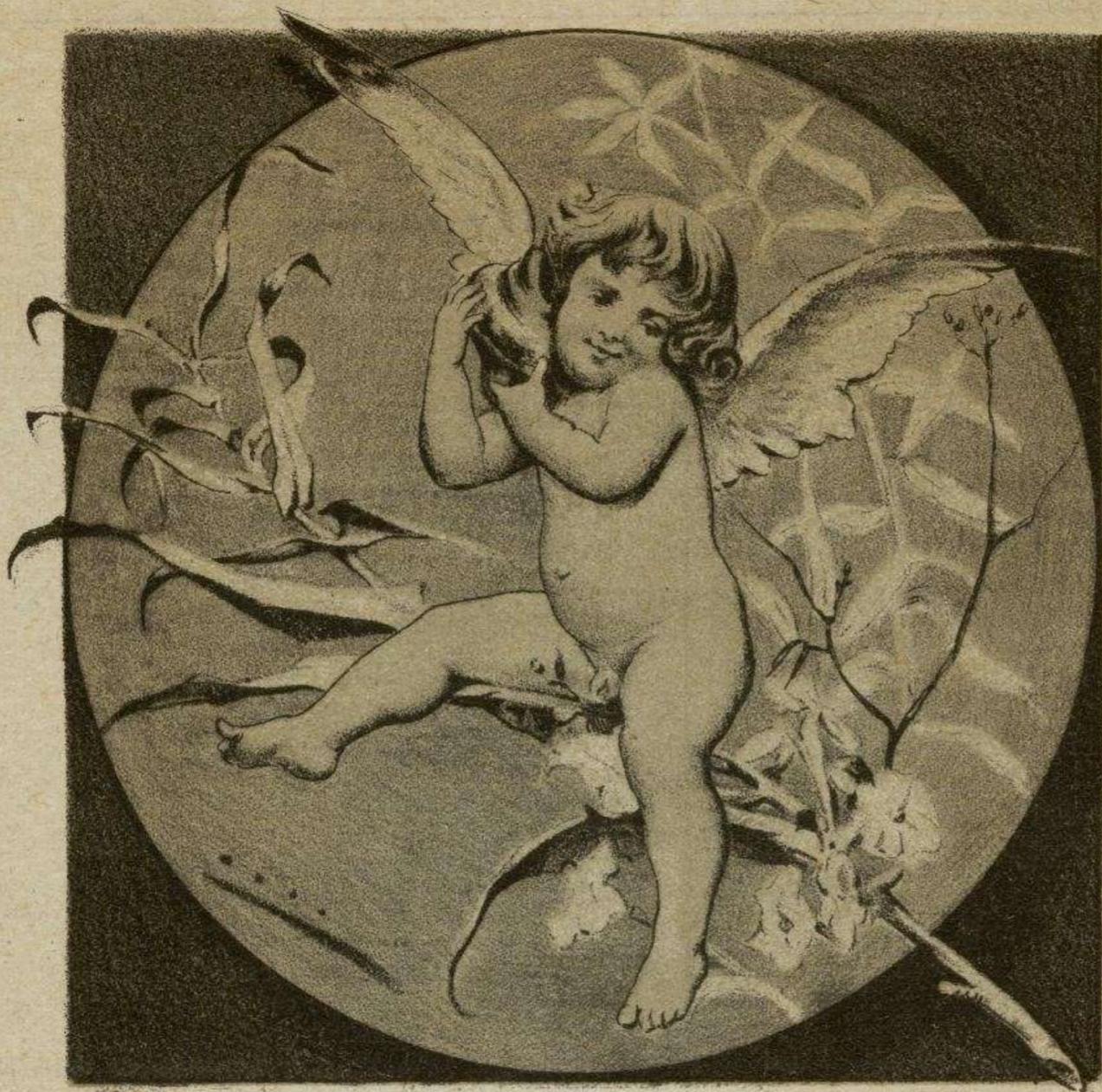
M. G. N. (Madrid).—Lo mismo digo.

M. G. L. (Madrid).—Irán los cantares.

Teodorito.—La idea es buena, pero habría que cambiar algunas. Trate V. el asunto con un poco de cuidado. La 1, 3, 6, 8 y la 10 hay que variar. Esta última por tener asonantes y consonantes mezclados.

J. C. (Madrid).—Señor mio, tengo todavía muy presentes los epigramas que con la firma de V. se publicaron en LA SAETA y pertenecían al Sr. Caa-maño. Con que no repitamos ¿eh?

Lucifer.—Esos pensamientos son tan flojillos que á cualquiera se le pueden ocurrir.



PINTURA DECORATIVA, por F. Pradilla.

ANUNCIOS

**BIBLIOTECA PARA TODOS**

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

**BIBLIOTECA DE BOLSILLO**

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

**LA SAETA**

**PERIÓDICO SEMANAL**  
FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

*España:* Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.  
*Extranjero y Ultramar:* Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo. — Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

**CUIDADITO CON ESTO**

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

**TRES MILLONES DE CHISTES**

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, Don Julián Rodríguez.— Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.